

PABLO JULIÁ

CÁDIZ
1949

Los que me conocen saben que la idea de hacer una exposición sobre mi obra, o un catálogo que la contextualizara, no surgió de mí.

Mi experiencia de 10 maravillosos años dirigiendo el Centro Andaluz de la Fotografía me aconsejaba no hacer un retrospectiva propia, porque hoy no se construyen exposiciones sobre la vida profesional o artística de alguien, sino sobre proyectos definidos.

Además, me daba una pereza horrible indagar en los archivos, revolotearlo todo y tener que tomar decisiones sobre qué exponer. Cuando editaba los trabajos de otros, en El País, en la Facultad de Ciencias de la Comunicación o en el CAF, esta labor me resultaba muy fácil porque yo no había disparado esas fotografías.

Mi gran amigo Rafael Parrilla, Parri, que fue quien me enseñó el oficio, con esta exposición no se habría andado con miramientos, y con su manera increíble de mirar habría hecho su propia selección, y yo lo habría aceptado a ciegas. Porque el problema que tenemos los fotógrafos periodistas es la inmensa cantidad de obra que generamos, donde el tiempo le ha dado a las imágenes que considerábamos mas insignificantes un valor añadido enorme, por el cambio de estéticas y de maneras. Ese entrar a saco ya lo hizo en otra expo en 1982, en la que pintó con anilinas y lápices un montón de fotos más y las expuso en una gran muestra en Sevilla. Hoy quiero recordarlo poniendo alguna de esas imágenes más y pintadas por él.

Hace mucho tiempo que aprendí a valorar el trabajo de los demás, pero ¿y el mío?

He elegido el tema de la Transición porque es un reto para mí contarlo. Máxime ahora que se confunden los porqués. Estoy en ese remolino desde mi quince años y muchos me piden imágenes para que las nuevas generaciones no olviden lo que significó. De ahí mi compromiso en esta muestra con la Universidad. El Consejo Social de las Universidades andaluzas pretende mostrarla en Andalucía y con talleres de expertos.

Viví la clandestinidad casi desde que llegué a Sevilla para estudiar Filosofía y Letras en octubre de 1967. Fue un periodo efervescente y mi generación tuvo la suerte de vivirlo porque nos aportó un conocimiento intenso de muchas cosas. Junto a Isabel Pozuelo conocí en un par de meses a muchos amigos comprometidos con la lucha contra la dictadura como Carmen Hermosín, Luis Yañez, Manuel Chaves o Felipe González. La facultad fue una escuela en esa lucha. En un principio hice compatible la actividad política, estuve militando en el PSOE hasta 1976, con el teatro, primero en Tabanque, y luego en Esperpento y en el Cine Club, hasta que físicamente resultó imposible estar en todos los sitios a la vez. Todos ellos forman parte de mis interminables correrías de la época, reflejo

de la intensidad del momento que nos tocó vivir.

En la clandestinidad me convertí casi sin darme cuenta en el fotógrafo del Partido Socialista y de sus importantes congresos en Madrid o Toulouse. En esta época hice las fotos de Felipe González y la erróneamente llamada foto de la tortilla, dado que ese día solo hubo naranjas y un cajón de cerveza.

A principios de los 70 la Universidad de Sevilla me abrió un expediente de disciplina académica por participar en actividades políticas, expulsándonos a mí y a varios compañeros, y tuve que terminar la carrera en Barcelona, en la especialidad de Historia Moderna y Contemporánea. Le estaré eternamente agradecido al rector que me expulsó, ya que gracias a vernos obligados a viajar fuera de Andalucía entendimos algo más de este país. En Barcelona pudimos apreciar las enormes diferencias culturales patentes, y entramos en contacto con gente del Partido Comunista y del Partido Socialista.

Estas experiencias en la política y en la vida fueron decisivas para ver que mi desarrollo profesional quedaba fuera de mis estudios de Historia. En los primeros años de la democracia monté un estudio de fotografía en la Plaza del Pan de Sevilla. Colaboraba con el periódico El País, que acababa de nacer en 1976, haciendo mi estudio de hecho las veces de primera sede no oficial del periódico.

Un día apareció en mi pequeño plató un hombre inolvidable: Plácido Fernández Viagas. Me propuso la gran aventura de documentar fotográficamente el proceso de transición de la dictadura a la democracia en Andalucía, una propuesta ilusionante. Suponía conocer de primera mano la realidad que había dejado la dictadura. Nunca olvidaré las largas horas en el coche con Plácido y con una gran periodista, Lola Cintado. Conducía el gran Anarte, haciendo kilómetros y más kilómetros por unas carreteras horribles. Se tardaba, por ejemplo, más de cuatro horas en llegar de Sevilla a Granada. Esa primera vuelta por la Andalucía que se despojaba del franquismo fue dura, pero de una enorme belleza.

Junto a Rafael Escuredo y su jefe de prensa, Enrique García, recorrí de nuevo Andalucía. Yo seguía fotografiando todo lo que se movía. Rafael era un provocador que nos cogía in albis con sus propuestas como las del Plan de Urgencia para Andalucía o su inesperada huelga de hambre. Y las sorpresas siempre crean muchas situaciones propicias para un fotógrafo.

A finales de 1982 la transición político-institucional ya no me daba más juego, había acabado para mí. Me dejó de interesar el mundo de los despachos. Se había acabado la épica andaluza, y tenía una propuesta del periódico El País de hacerme corresponsal y mirar de otra manera la realidad, más libre, menos condicionada al discurso político que en aquellos tiempos, todo hay que decirlo, se ajustaba mas a la realidad que yo vivía.

En 1983 se constituye en Andalucía la primera delegación de El País con Alfredo Relaño . Aquí empezaba mi tercer recorrido andaluz, esta vez con el periódico. Y no solo Andalucía: tuve el privilegio de ser el corresponsal de El País. Eramos entonces corresponsales "multiuso". Lo mismo hacíamos una entrevista, fútbol, accidentes... lo que fuera. Tuve la suerte de conocer muchos sitios, insólitos para mí.

Augusto Delkáder, a la sazón director adjunto de El País, amigo del colegio en Cádiz, me lanzó a hacer grandes historias. Con Rosa Montero aprendí casi todo lo que sé de periodismo. La lista de compañeros es interminable, solo citaré a unos pocos que vienen, a bote pronto, a mi escasa memoria: Carlos Yarnoz, Feliciano Fidalgo, Karmentxu Marín, Ángeles García, Amelia Castilla, Fietta Jarque, o Javier Valenzuela. A veces íbamos dos fotógrafos, y recuerdo a Raúl Cancio, Marisa Flórez, Alfredo García Francés, También me tocó hacer reportajes con grandes escritores como Rafael Sánchez Ferlosio o Alejandro Gándara. Aprendizaje clave en la vida de un reportero.

Ser fotógrafo periodista entonces exigía muchos deberes, una fortaleza enorme para llevar tantísimos chismes, carretes, transmisores, laboratorio, focos, siempre preparados por si sonaba el teléfono: “Pablo, ya que estás allí, haz alguna entrevista para el colorín.” Había que ser psicólogo, tener empatía y resolver adversidades. Llegaba un momento con tantos prolegómenos que lo de menos era disparar la foto. Con ese portaaviones inmenso que era El País, recién botado, los fotógrafos periodistas tuvimos mucho que decir y se nos escuchaba, ya no éramos el chico que ponía los cafés o llevaba los paquetes al que se le daba una cámara para que dispararan, como hacían en muchos periódicos, salvo geniales excepciones. ¿Un fotógrafo en nómina? Era casi imposible, y si entraban era con categoría de auxiliares de redacción. El País cambió el cuento. Creo saber cómo están ahora los fotógrafos en los periódicos, y todo ha cambiado mucho, y creo que a peor. En general, la prensa ha cambiado con las nuevas tecnologías y con la crisis. Un desastre.

Me fui del periódico con mucha pena y llorando, pero en el periodismo ya nada era igual. Y le debo todo a ese periódico. Y lo sigo echando de menos, 13 años después de irme a probar otro proyecto maravilloso que era dirigir el Centro Andaluz de la Fotografía. Me llamó un gran tipo, Pablo Suárez, para sustituir a un grande como Manuel Falces. Gran reto. Me dio otra vida nueva como me la había dado el periódico dos décadas antes. Esa fue mi llegada al final del puente de mi transición personal.

Creo que la vida de todos los que rondamos los 70 -10 años arriba o abajo- corre paralela a lo que llamamos la Transición. Ir por el mundo con maletas agarradas con cuerdas a finales de los 60, o tener que darle permiso a tu mujer para que pudiera sacar dinero en el banco. La lista de desafueros y penurias carpetovetónicas sería interminable. Veníamos de un mundo en el que había que aparentar algo y nos encontramos pegando gritos en el paraninfo de la Facultad contra el régimen y olvidando chaquetas y corbatas, asumiendo el desaliñado como nuestra nueva imagen; de tener que pintarle con un bic negro la raya de las medias a tu madre para que pudiera ir a misa, no se podía ir con las piernas desnudas, y ahorrarse así comprar unas nuevas, a ir leyendo todo lo que caía en nuestras manos y prestándonos los libros de El ruedo ibérico, escuchando Radio París, con el libro de Brennan El laberinto español en nuestras manos, Bob Dylan, Brassens, Paco Ibáñez, Serrat o Raimon en el tocadiscos. Smash, Gualberto, Cohen y el París del 68 o la Isla de Wight, mézclenlo todo y se convierte en un coctel explosivo, sumándole además que leíamos a Rosa Luxemburgo o El hombre unidimensional, más Freud y Jung, el Orgasmón o Karel Kosík. Veíamos Repulsión o El joven Törless, además de Buñuel en La edad de oro o las

ovejas saliendo de la iglesia, y Paco Regueiro, o Nueve Cartas a Berta de Basilio Martín Patino, a Godard, a Chabrol, el neorrealismo italiano, a Truffaut... Admirábamos a Carmen Laffón, Gerardo Delgado y los comienzos de Pérez Villalta o Curro González. Y no podemos olvidar al Coronel Aureliano Buendía de Cien años de soledad, o Conversación en La Catedral. Hervía la sangre, las voces enronquecidas por el grito, las ganas de acabar con el dictador y que dejáramos de ver al país en gris macilento y oscuro.

He sido un observador nato, y he observado a las nuevas generaciones. Tenía una plataforma perfecta en la universidad, donde he dado clases durante 20 años, y esa curiosidad e inquietud que tenía nuestra generación no la he vuelto a ver. Y no dudo que sean mejores, pero, a excepción de algunas minorías buenísimas, como que les faltan hervores generacionales.

La transición fue un puente espectacular que nos pasó de una época a otra y había un espíritu de superar problemas. No queríamos, muerto Franco, hacer demasiado ruido, templando y mandando, negociando un comunista con la iglesia y un socialista con los militares. Porque veníamos de donde todos queríamos salir y sabíamos que provocaciones... las mínimas. Recuerden que en el cole cantábamos el Cara al sol, que en nuestras casas teníamos cocinas económicas, esto es de leña y carbón, que aparentábamos algo que no éramos. Eso nos hizo ser cómplices en la construcción del país que queríamos, que aunque nunca iba a ser el paraíso que habíamos soñado en la facultad, que al menos se le pareciera, aunque muchos muertos de la dictadura se quedaran en las cunetas o detrás de las tapias donde fueron asesinados, y eso todavía nos duele, y mucho. No hicimos venganzas y así pasamos el puente, con algaradas más que controladas por los que nos considerábamos herederos de una república que yugularon.

Ya en democracia, fue un símbolo la entereza del presidente Suárez y de Gutiérrez Mellado plantándole cara al golpismo, dos personas que venían del otro lado del puente. Y un ejemplo a tener en cuenta en estos momentos en los que se duda, por parte de algunos, de lo que significó. La transición, en Portugal y en España, fue ejemplar. Y de eso hemos seguido viviendo cuarenta y tantos años. Nos cuesta creer el empecinamiento perro en resucitar un clima de intransigencia, de intolerancia, de populismos baratos. Se llega, a veces en declaraciones a un clima guerra civil Ninguno de los líderes actuales de los partidos políticos nacieron antes de los 70. Se han criado en democracia pero ninguno se educó en el espíritu, en la necesidad de la tolerancia al otro. El país vive inmerso en mensajes de una volatilidad supina, con golpes de noticias falsas que se hacen creíbles a base de repetirlas cientos de veces, donde a veces ni quién las dice se las cree. ¿Por qué las dice entonces? No debería poder más el ansia de destruir al contrario sino las ganas de hacer posible la convivencia. A mi generación le preocupa la deriva que está tomando el clima de la calle. ¿Nadie tiene la culpa? ¿La culpa por sistema es del otro? Da la impresión de que están listas para estallar las costuras de la chaqueta por la ineficacia y la indolencia de la política. Los temas se queman y en vez de sentarse a hablar se judicializa, se crea la bronca, se trasgreden las libertades de otros. Mal camino por el que muchos se sienten engañados en sus expectativas.

En el periodo largo que analizamos, en el que caben la política, la economía y la sociedad, yo he visto darle la vuelta a un país como Andalucía, cambiarlo entero y sigue habiendo problemas, pero, hasta ahora, se puede hablar y luchar por conseguir lo que es justo. Y mi humilde experiencia de haber vivido en cuatro ciudades andaluzas durante prolongados tiempos me lo corroboran, porque he visto los cambios en variados aspectos de la vida y los he fotografiado.

Mis fotografías son reflejos de una época valiosísima de este país, al que no sabemos valorar como deberíamos. Para eso está el recuerdo...

Yo así lo he vivido.

Otros Tiempos...